

Moctezuma Xocoyotzin y Hernán Cortés: dos visiones de una misma realidad¹

Isabel BUENO BRAVO

Universidad Complutense de Madrid
ibuenob@terra.es

Recibido: 11 de abril de 2006

Aceptado: 15 de junio de 2006

RESUMEN

Al principio del siglo XVI el brillo de Tenochtitlan se irradiaba sobre toda Mesoamérica, cegando con su poder cualquier intento contestatario. Sin embargo, varias circunstancias harán que su luz se apague, dejando en su lugar miseria y devastación.

Palabras clave: Moctezuma, Hernán Cortés, conquista de México

Moctezuma Xocoyotzin and Hernán Cortes: two visions, the same reality

ABSTRACT

At the beginning of the 16th Century, Tenochtitlan's brilliance radiated across all over Mesoamerica, blocking any rebellious attempt to usurp its power. Nevertheless, several circumstances eventually ended its glorious reign, leaving in its place misery and devastation.

Key words: Moctezuma, Hernán Cortés, conquest of Mexico

SUMARIO: 1. Los imponderables de la política exterior mexicana. 2. La expulsión de Tenochtitlan. 3. La reorganización. 4. El asalto final. 5. El asedio. 6. Referencias bibliográficas.

1. Los imponderables de la política exterior mexicana

La política mesoamericana prehispánica se caracterizó por desarrollarse en un clima inestable, y en este sentido el reinado de Moctezuma El Joven no fue una excepción. Los problemas se sucedían tanto en la política doméstica como en la exterior. Existían graves conflictos en el seno de la Triple Alianza. Además, la actitud centralizadora de Moctezuma alimentó las revueltas de los tributarios y recrudeció las hostilidades con la zona de Puebla-Tlaxcala y, en general, con aquellas regiones que habían permanecido independientes.

De la zona del Golfo también llegaban noticias inquietantes y contradictorias que afectaban, muy directamente, a la estabilidad del régimen. Los tributarios totonaca, confederados con unos extranjeros, se negaban a pagar tributo. Sus cinco recaudadores habían sido apresados, aunque dos de ellos fueron liberados secretamente, por el capitán de los extranjeros, con la condición de llevar hasta Moctezuma el mensa-

¹ Agradezco sinceramente los sabios comentarios y sugerencias del Dr. Michel Graulich.

je de su «amistad» (Díaz del Castillo 2000, I [Cap. XLVII]: 185; Ixtlilxochitl 1985 [Cap. LXXXI]: 234; Tapia 2002: 78).

La actitud de Cortés hizo dudar a Moctezuma si su respuesta debía ser militar o no. A causa del doble juego del español (López de Gómara 1987: 148) y a otros intereses posteriores, las fuentes ofrecen una actitud vacilante del soberano mexica, que ha fomentado una imagen injusta y, en nuestra opinión, falsa, potenciada por los propios mexica de cara a la nueva reordenación que imponía la administración colonial, como trataremos de mostrar en un próximo trabajo.

Los extranjeros llegaban en un momento políticamente delicado para el imperio. Moctezuma pretendía reducir a los pueblos que permanecían independientes —de hecho era un objetivo prácticamente logrado cuando irrumpieron los europeos— y eliminar a Ixtlilxochitl, el príncipe texcocano disidente, con ello dominaría sin cortapisas a la Triple Alianza, abriéndole un panorama político estable y unificado. Si los blancos venían en su contra, eran un peligro pero si, como a veces parecía, estaban de su parte, podría completar más fácilmente su programa político hacia la centralización.

Cortés, por su parte, también estaba en una situación difícil porque, desde el inicio, su empresa estuvo agujereada por la insidia de las facciones, que manejó de manera brillante unas veces sobornando a los descontentos (Díaz del Castillo 2000, I [Cap. XXIII]: 116), otras tomando medidas ejemplares sin temblarle la mano (Aguilar 2002: 159; Cortés 2000 [2ª carta]: 101; Tapia 2002: 78) y, en ocasiones, absolutamente desesperadas, como la decisión de hundir las naos. Aunque esta actuación, analizada en su contexto, no parece tal «hecho troyano».

Tras la fundación de Veracruz y de los nombramientos que se habían hecho, Cortés se desvinculaba de la autoridad de Diego Velázquez, gobernador de Cuba, y se colocaba directamente bajo la autoridad del rey; por ello, si volvía a la isla o a España, le esperaba igualmente la muerte. Sin embargo, si lograba la hazaña que ansiaba, cabía la posibilidad de alcanzar la «fama y hacienda» que tanto anhelaba.

Había llegado a un enorme territorio en el que desconocía cómo funcionaba la política, y parece razonable pensar que iba a ser manipulado por los indígenas; pero Cortés brillaba por sacar partido de las situaciones más adversas y por carecer de escrúpulos para manejar a los hombres y a las circunstancias en su propio beneficio. Francisco Hernández (2000: 213) afirma que le daba igual apoyar a una u otra facción indígena, con tal de que el resultado final fuera «enseñorearse de la situación».

Para ello, Cortés mandó apresar a los recaudadores mexica y «obligó» a los caciques a negarse a pagar el tributo (Ixtlilxochitl 1985 [Cap. LXXXI]: 234; Tapia 2002: 78). Esto equivalía a no reconocer el vasallaje que le debían a Moctezuma; pero al mismo tiempo mantuvo el doble juego con los propios recaudadores, como si él no tuviera nada que ver con su prisión (Díaz del Castillo 2000, I [Cap. XLVII]: 185)

«Fue muy grande el gusto que de esto recibió Cortés, porque vio que ya tenía revuelta toda la tierra, que quedaba por amigo entre ambas partes, y que podía engañarlos con esta doblez, en cuya destreza y hazaña estuvo todo el punto de su buena ventura» (Ixtlilxochitl 1985 [Cap. LXXXII]: 235)

A nuestro juicio, los totonaca utilizaron a Cortés para liberarse del yugo mexica, pues no era posible que el español entendiera cómo funcionaba la política mesoame-

ricana en tan poco tiempo. Además, aunque actuó contra los enviados de Moctezuma, lo hizo forzado por la situación, ya que por el trato dispensado a los prisioneros se ve que no quiere enemistarse con él; pero por el momento el único apoyo que tiene es el de los totonaca y lo necesita².

«[...] todos los caciques de Cempoal y de aquel pueblo e de otros [...] prometieron todos aquellos pueblos y caciques a una que serían con nosotros en todo lo que les quisiésemos mandar, y juntarían todos sus poderes contra Montezuma y todos sus aliados» (Díaz del Castillo 2000, I [Cap. XLVII]: 186)

Como era de esperar, Moctezuma respondió a esta provocación atacando a los de Cempoala, desde la guarnición de Tizapantzinco, que reclamaron la ayuda de Cortés (Ixtlilxochitl 1985 [Cap. LXXXII]: 235). Éste se vio obligado a prestársela en medio de la permanente crisis interna que tenía con la facción de Velázquez que, atemorizada, quería volver a Cuba (Díaz del Castillo 2000, I [Cap. XLIX]: 191; Ixtlilxochitl 1985 [Cap. LXXXII]: 236). Cortés los embauca y soborna con el oro que va obteniendo de los indígenas (Díaz del Castillo 2000, I [Cap. LIII]: 202).

El Conquistador sigue firme en su idea de ir a Tenochtitlan, y por indicación de los totonaca se dirigen hacia Tlaxcala (Cortés 2000 [2ª carta]: 95, 97; Díaz del Castillo 2000, I [Cap. LXI]: 224), ya que le señalan que conviene confederarse para enfrentarse al enorme poder del ejército de la Triple Alianza. Los miembros de esta confederación serían Tlaxcala, Huexotzinco e Ixtlilxochitl, hijo de Nezahualpilli de Texcoco, que había formado un nutrido ejército (Ixtlilxochitl 1985 [Cap. LXXXII]: 234). Desde el principio son los indígenas quienes dan a Cortés las claves para manejarse en un mundo desconocido para él. Los totonaca le señalan el camino y qué indígenas estarían dispuestos a enfrentarse al enorme poder de Moctezuma II (Cortés 2000 [2ª carta]: 95; Ixtlilxochitl 1985 [Cap. LXXXII]: 237).

Al llegar a los límites de Tlaxcala son atacados, ya que Cortés había formado un ejército de indígenas que eran tributarios de Moctezuma y, por lo tanto, sus enemigos (Díaz del Castillo 2000, I [Cap. LXII]: 225). Tras recios combates por ambos bandos, que duran más de 15 días, y a pesar de la intensa labor diplomática que despliega Moctezuma (Cortés 2000 [2ª carta]: 105), los tlaxcalteca acceden a escuchar a Cortés, pues corrían el peligro de que éste se confederaba con Moctezuma y viniera contra ellos (Ixtlilxochitl 1985 [Cap. LXXXIII]: 240). Y aquí llegamos a un punto nuevamente polémico, nosotros opinamos que los tlaxcalteca no fueron vencidos por el ejército indígena-español, sino que tomaron la decisión política de unirse a ellos, con la intención de mejorar su situación frente a los mexica, si bien esta posición no fue unánime (Díaz del Castillo 2000, I [Cap. LXVII]: 243) y, como iremos viendo, la facción tlaxcalteca que se oponía se dejará oír en múltiples ocasiones.

² En conversación mantenida con el Dr. Michel Graulich opina que los totonacas se sienten intimidados por la llegada de los recaudadores mexica y aunque fuera posible que Cortés no entendiera los entresijos de la política mesoamericana, sí conocía el miedo y el descontento que producía la dominación mexica, y este hecho lo utilizó de la misma forma que lo hizo Pizarro en Perú o siglos después los ingleses en la India. Es decir, estos «invasores» (el adjetivo es mío) aprovechan las disensiones internas y se presentan como protectores. Por lo tanto, desde el punto de vista del Dr. Graulich, Cortés, en todo caso, manipulaba tanto como posiblemente le manipularan a él.

En opinión de Michel Graulich (comunicación personal) los tlaxcalteca fueron vencidos, porque en repetidos ataques, comandados por los mejores jefes militares indígenas, no pudieron acabar con los españoles y se vieron obligados a pedir la paz. Es cierto que la superioridad de las armas españolas ponía en jaque a los escuadrones tlaxcalteca, tanto por el propio poder ofensivo de las mismas, como por la forma de combatir de los indígenas (Durán 1967, II [Cap. LXXII]: 531); también es cierto que en éste último bando las bajas eran mucho mayores que entre los españoles, pero no es menos cierto que, cuando los indígenas se retiraban, los españoles no los seguían «porque no podíamos tener en los pies, de cansados» (Díaz del Castillo 2000, I [Cap. LXIII]: 231). También es cierto que son los tlaxcalteca quienes solicitan la paz pero en innumerables ocasiones, cinco según Díaz del Castillo, también la pide Cortés.

La paz tlaxcalteca es una paz decidida (Hernández 2000: 220; Ixtlilxochitl 1985 [Cap. LXXXIII]: 240), no obligada porque el ejército no tuviera todavía capacidad de reacción. De hecho, cuando a Xicotenga el joven se le ordena parar los ataques, orden que los de la Señoría tienen que dar hasta cuatro veces (Díaz del Castillo 2000, I [Cap. LXIX]: 250), éste no quiere obedecer, porque ve cómo los españoles están en una situación delicada (Díaz del Castillo 2000, I [Cap. LXVII]: 243), a pesar de que a él en ese momento también le han retirado su apoyo dos escuadrones importantes (Díaz del Castillo 2000, I [Cap. LXVI]: 236). Y sobre todo, porque la actitud que los tlaxcalteca mantienen después de la paz con los españoles no es la de un pueblo vencido.

Por ejemplo, Cortés exige que toda la «Señoría y su nobleza viniesen a aquel puesto a llevarlo, con lo que echaría de ver la voluntad que le tenían» (Ixtlilxochitl 1985 [Cap. LXXXIII]: 241) y ésta queda clara y manifiesta cuando unos embajadores

«le rogaron de parte de la señoría que tuviese por bien de irse a Tlaxcalan, en donde le quedaban aguardando los señores de ella, que por ciertos impedimentos que allí le significaron no venían en persona a llevarle» (Ixtlilxochitl 1985 [Cap. LXXXIII]: 242-243)

O cuando Cortés les pide que dejen sus ídolos y los sacrificios y ellos se niegan, alegando que temen el enojo de sus dioses (Muñoz Camargo 2002 [Lib II]: 201), aunque sabemos que finalmente se bautizan. Cortés, tras romper las cárceles y liberar a los cautivos, también les prohíbe los sacrificios pero, como bien recoge Bernal Díaz (2000, I [Cap. LXXVIII]: 276), «[...] qué aprovechaban aquellos prometimientos, que en volviendo la cabeza hacían las mismas crueldades». O tiempo después cuando llega Pánfilo de Narváez y los tlaxcalteca niegan a Cortés la ayuda solicitada, aludiendo que «si fueran para pelear con indios [...] que sí hicieran, [...] e que para contra teules, [...] que no los quieren dar» (Díaz del Castillo, I [Cap. CXV]: 411).

Tras establecer los términos de la paz, por ambas partes, Cortés entró en Tlaxcala el 23 de septiembre de 1519³, donde le informan de cuál es su situación frente a los

³ Descrito así da la sensación que, desde el desembarco de Cortés hasta que llegó a Tlaxcala, no había pasa-

mexica y del bloqueo de muchos productos, en especial de sal, a que éstos les tienen sometidos (Cortés 2000 [2ª carta]: 102; López de Gómara 1987: 147).

Mientras tanto, Moctezuma enviaba mensajeros para ofrecerle a Cortés tributo a cambio de que no siguiera para Tenochtitlan (Aguilar 2002: 166; Cortés 2000 [2ª carta]: 105; Díaz del Castillo 2000, I [Cap. LXXII]: 256; Ixtlilxochitl 1985 [Cap. LXXXIII]: 239; Vázquez de Tapia 2002: 135). Esta actitud está llena de corrección política dentro del contexto mesoamericano, pues sabemos por las fuentes que, si una ciudad no ofrecía resistencia, podía mantener su gobierno a cambio de la imposición de un tributo; pero, como ya hemos comentado, Cortés desconocía el funcionamiento de ésta y tal vez la lectura que hacía era de debilidad por parte del imperio.

Otro momento problemático para decidir si Cortés manipulaba a los indígenas o eran éstos quienes le utilizaban a él, fue la salida de Tlaxcala hacia Tenochtitlan, pasando por Cholula. Aquí las fuentes nos presentan dos posturas marcadamente opuestas:

- a) Aquellas que afirman que la decisión de ir a Cholula fue motivada por el deseo de los tlaxcaltecas de castigar a los cholultecas (Díaz del Castillo 2000, I [Cap. LXXVIII]: 272; Muñoz Camargo 2002 [Lib II]: 209; Sahagún 2001 [lib XII, cap. 11]: 1082; Tapia 2002: 91).
- b) Y las que señalan que, desde la llegada a Veracruz, los súbditos y embajadores de Moctezuma tenían un gran interés en conducir a los extranjeros hasta la ciudad religiosa de Quetzalcoatl (Cortés 2000 [2ª carta]: 106; Díaz del Castillo 2000, I [Cap. LXI]: 224, 277; Hernández 2000: 221; Ixtlilxochitl 1985 [Cap. LXXXIV]: 246). En este punto, a su vez, las fuentes también nos plantean dos explicaciones de los hechos que se desarrollaron en el interior de la ciudad:
 - b.1) La que culpa a Cortés de llevar a cabo una terrible matanza, sin ningún tipo de provocación indígena.
 - b.2) y aquella otra que señala a los mexica como instigadores de una emboscada contra Cortés en la ciudad «santa» de Cholula (Tapia 2002: 93).

La versión *a* podría venir avalada por el hecho de que Cholula había sido aliada de Tlaxcala hasta poco antes de que los españoles arribaran y que, cuando éstos llegaron, se había posicionado al lado de Tenochtitlan (López de Gómara 1987: 154). En ese sentido, Tlaxcala podría haber buscado la manera de castigar a su antigua aliada encaminando a Cortés, o bien podría también haber pactado con él darle su apoyo contra Tenochtitlan si antes la ayudaba a saldar su cuenta pendiente con Cholula, y para justificar, a posteriori, los hechos sangrientos, aluden a la presencia del ejército mexica.

Además, se podría añadir a esta teoría otros datos para respaldarla, como es el hecho de que, tras la derrota de Cholula, los tlaxcaltecas no se conformaron con hacer gran daño y obtener un buen botín, sino que eliminaron a la cúpula cholulteca, que

do tiempo; pero habían transcurrido seis meses. Pensamos que la referencia temporal se pierde de vista cuando se habla de la conquista de México; pero hay que pensar que, si tardaron dos años en tomar Tenochtitlan, el ejército y la formación de éste no sería tan precaria como a menudo se nos quiere hacer creer.

factó la alianza con los mexica y «Cortés colocó» en el gobierno a aquellos que eran más proclives a las relaciones con Tlaxcala (Díaz del Castillo 2000, I [Cap. LXXXIII]: 294), ilustrando bien el funcionamiento de las facciones, que tanto juego dieron a la política Mesoamericana (Bueno 2004).

La actitud de Cortés no sólo debía preocupar y mucho a Moctezuma, porque obtenía victorias militares que aumentaban su fama (Ixtililxochitl 1985 [Cap. LXXXIV]: 247; Muñoz Camargo 2002 [Lib II]: 208), sino que asumía prerrogativas que eran las propias del *hueytlatoani* y esto tenía un mayor alcance político.

En ese doble juego continuo Cortés manda una embajada a Moctezuma, eximiéndole de cualquier responsabilidad en el altercado de Cholula y avisándole que van a su ciudad (Díaz del Castillo 2000, I [Cap. LXXXIV]: 299). Moctezuma le contesta que les espera y que serán avituallados por el camino (Díaz del Castillo 2000, I [Cap. LXXXV]: 301).

Desde Cholula se dirigen a Tenochtitlan, vía Huexotzinco, con su nutrido ejército de indígenas. Éstos iban guiando a Cortés por los mejores caminos, aunque a menudo encontraban impedimentos. Sin duda, Moctezuma también practicaba un doble juego, albergando la esperanza de que Cortés perdiera el ánimo (Díaz del Castillo 2000, I [Cap. LXXXVI]: 304).

Antes de entrar en la capital imperial, analicemos la postura que señala el interés de Moctezuma por conducir a Cortés hacia Cholula. Un interés compartido por el propio Cortés, ya que él mismo nos explica que, a pesar de las advertencias tlaxcalteca, considera que es una ciudad idónea para asentar el real, mientras aseguraba la paz con México (Cortés 2000 [2ª carta]: 108; Díaz del Castillo 2000; I [Cap. LXXIX]: 278). En realidad, los dos estrategas pensaron lo mismo: Cholula era la última gran ciudad antes de llegar a Tenochtitlan. Por ello se convertía en el escenario idóneo para que uno asegurara la paz y el otro evitara que los extranjeros hollaran el corazón imperial.

Pero ¿qué intereses defienden una u otra postura? Quienes niegan la trama mexicana (Las Casas, Sahagún, Tovar, Vázquez de Tapia, aunque rectifica años después [Tapia 2002: 136]) tienen claras intenciones de perjudicar a Cortés por motivos personales o de dejar limpia la imagen mexicana frente al nuevo gobierno colonial.

Aquellos que narran los hechos acaecidos como respuesta a la provocación cholulteca instigada por orden de Moctezuma (Muñoz Camargo, Chimalpahín; Tapia; Ixtililxochitl; Hernández), o pertenecen a la línea que denominamos no protenochca o fueron testigos directos, como son las propias cartas de Cortés que, como señala Michel Graulich (1997), son documentos oficiales y, por lo tanto, sujetos a examen, en las que la inventiva podía ser rebatida.

Pero es que, además, existe otra razón para avalar la trama mexicana, y en esta ocasión no podemos estar más de acuerdo con la opinión de Michel Graulich (1997) cuando apunta que es un hecho significativo que ha pasado desapercibido para la mayoría de los investigadores y confirma la inteligentísima estrategia planificada por el *Tlatoani* de Tenochtitlan que, a la luz de estas actuaciones, no parece que estuviera tan atribulado como las fuentes nos quieren hacer creer.

Moctezuma estudió a su oponente desde que desembarcó y, de cada encuentro que tenía con los otros grupos indígenas, iba aprendiendo, hasta que descubrió cuál

podía ser su punto débil. Advierte, en las batallas que Cortés tiene en Cintla y más tarde con los otomíes y tlaxcalteca, que no se puede luchar en campo abierto y que la única forma de vencerlos es en el interior de una ciudad, donde los caballos y la artillería tendrían menor capacidad de reacción. Cholula era la última ciudad donde podría tender la emboscada y ésta reunía todos los requisitos (Graulich 1994).

Moctezuma tiene embajadores junto a Cortés durante todo el avance y siempre procura guiar sus pasos hacia Cholula (Cortés 2000 [2ª carta]: 106; Díaz del Castillo 2000, I [Cap. LXI]: 224, [Cap. LXXIX]: 277; Ixtlilxochitl 1985 [Cap. LXXXIV]: 246), donde tenía pactado con los principales el ataque a los españoles (Hernández 2000: 221; Tapia 2002: 93): recibiría a los extranjeros, los alojaría de tal forma que estuvieran incómodos (Aguilar 2002: 168; Cortés 2000 [2ª carta]: 109; Vázquez de Tapia 2002: 135), forzándolos a salir y en ese momento serían atacados. Para ello, prepararían la ciudad con trampas y las tropas de la Alianza debían permanecer ocultas en las afueras (Cortés 2000 [2ª carta]: 109, Díaz del Castillo 2000, I [Cap. LXXXIII]: 287).

Además, se produce otra situación que debería haber puesto sobre aviso a Cortés, pues él mismo nos cuenta que, una vez en Cholula, estaban esperándoles embajadores de Moctezuma que se entrevistaron con los de Tlaxcala y el «más principal de ellos» partió con los embajadores mexicanos a Tenochtitlan para parlamentar con Moctezuma (Cortés 2000 [2ª carta]: 109).

Las cosas no salieron como esperaban los mexicanos, y el azar favoreció a Cortés, como tantas veces lo hizo a lo largo de la Conquista. Cortés descubrió la trampa y actuó de manera ejemplar, «dándoles tal mano, que en pocas horas murieron más de tres mil hombres» (Cortés 2000 [2ª carta]: 109, 110; Hernández 2000: 222; Ixtlilxochitl 1985 [Cap. LXXXIV]: 246; Muñoz Camargo 2002 [Lib II]: 208; Tapia 2002: 93; Vázquez de Tapia 2002: 136). Mientras tanto, Moctezuma mantuvo a sus tropas al margen, con la intención de negar cualquier implicación en los hechos (Cortés 2000 [2ª carta]: 112).

Sin embargo, como decimos, existe un hecho que confirma la tesis de la trampa urdida por Moctezuma en Cholula, es un suceso que las fuentes sitúan en el interior de Tenochtitlan, como veremos.

Durante el viaje hacia la ciudad mexicana no todo fueron batallas. Precedido por la fama de Cempoala y Cholula, algunos pueblos —Tlalmanalco, Chalco, Amecameca y Acacingo— vinieron a ofrecerle su amistad y a quejarse de la opresión de Moctezuma (Díaz del Castillo 2000, I [Cap. LXXXVI]: 305).

Acampan cerca de Chalco —Amecameca— donde reciben a nuevos mensajeros de Moctezuma, que les insisten en que se vuelvan por donde han venido (Cortés 2000 [2ª carta]: 116; Díaz del Castillo 2000, I [Cap. LXXXVII]: 307;). La actitud de Moctezuma no es de extrañar, pues Cortés continuamente emitía mensajes contradictorios, tanto con los embajadores, como con su actitud.

El 8 de noviembre de 1519, diez meses después del desembarco, Cortés, por fin, pisa el ansiado suelo de Tenochtitlan donde Moctezuma le recibe con gran protocolo.

Después de tomar contacto con la ciudad se produce el arresto de Moctezuma. Es posible que Cortés fuera consciente de que Tenochtitlan podía ser una trampa mor-

tal de la que no saldrían con vida⁴ y decide adelantarse a las posibles, y más que probables, intenciones del *tlatoani*.

La mayoría de los investigadores hemos dado por bueno que el pretexto para apresarse a Moctezuma fue el ataque que sufrieron los españoles que estaban en Veracruz, pero ¿cuando ocurrieron estos hechos? ¿Cuándo los españoles estaban en la ciudad mexicana?. Una atenta lectura de las fuentes permite afirmar que no, que fue una acción «simultánea» a la de Cholula planeada por Moctezuma (Tapia 2002: 98; Vázquez 1987).

Es cierto que Cortés apresó a Moctezuma alegando que le llegan unas cartas con alarmantes noticias de la costa, que le informan de que los hombres de Veracruz han sido atacados y algunos muertos por los mexicanos. Según testimonio de Aguilar (2002: 175) y Díaz del Castillo (2000, I [Cap. XCIII]: 343), estas cartas llegan estando en Tenochtitlan, Hernández (2000: 225), Ixtlilxochitl (1985 [Cap. LXXXIV]: 250-251) y Tapia (2002: 105) confirman la existencia de las mismas, pero no concretan cuándo se han recibido. Sin embargo, Cortés aclara esta duda

«[...] estando en la ciudad de Chururtecal recibí letras del capitán que yo en mi lugar dejé en la dicha villa [Veracruz], por las cuales me hizo saber cómo Qualpopoca [...]» (Cortés 2000 [2ª carta]: 124)

La doble acción militar mexicana pretendía no dejar con vida a ninguno de los extranjeros, para que no pudieran escapar y contar lo que había sucedido y volver con más refuerzos para pedir responsabilidades al imperio de las tres cabezas. Por eso, parte del ejército imperial debía acabar con el grupo que se encaminaba a Tenochtitlan en Cholula y las tropas que estaban en la guarnición de Nauhtlan tenían que hacer lo propio con los de Veracruz (Graulich 1997; Vázquez 1987).

Para esclarecer lo ocurrido Cortés mandó traer a Tenochtitlan a los responsables del ataque a los españoles en Veracruz. El capitán se llamaba Qualpopoca, quien después de ser interrogado acusó a Moctezuma de ser el inductor. Así, Cortés aplicó justicia quemando vivos a estos capitanes y ahora sí pone grilletes al *tlatoani* (Díaz del Castillo 2000, I [Cap. XCV]: 351; López de Gómara 1987: 201, 202; Tapia 2002: 105), que posteriormente le quita, ofreciéndole la libertad que el reo no acepta (Cortés 2000 [2ª carta]: 128; López de Gómara 1987: 202). De ser cierta esta oferta, que muestran las crónicas de los vencedores, hay que pensar que Moctezuma temía o bien la ira de su gente o que fuera un ardid de Cortés para matarle bajo el pretexto de la huida.

Otro peligro al que Moctezuma tuvo que hacer frente, y que estaba muy presente, tanto en el grupo de Cortés, como en el de los indígenas, fue el de las traiciones. Esta vez el protagonista era su sobrino Cacama, *Tlatoani* de Texcoco, quien tramó la conjura (Cortés 2000 [2ª carta]: 133). Avisado Moctezuma de la perfidia, le denuncia ante Cortés (Díaz del Castillo 2000, I [Cap. C]: 366; Tapia 2002: 102),

⁴ No hay que olvidar que Cortés entra en Tenochtitlan dejando el ejército de «indígenas amigos» fuera, por lo que se quedaba en una posición bastante débil, que Moctezuma podía aprovechar para deshacerse de su enemigo. Porque, si al principio Moctezuma podía pensar que Cortés le sería de utilidad, a estas alturas parece que estaba bastante claro que sus intenciones no eran buenas para la salud del imperio mexicana.

quien en un primer momento quiere darle guerra, pero Moctezuma conoce la manera de traerlo a Tenochtitlan sin caldear más los ánimos.

El *tlatoani* contacta con algunos principales de Texcoco que estaban en su «nómina» para que, con engaños y sin revuelo, apresen a Cacama, que es trasladado a Tenochtitlan y esposado (Cortés 2000 [2ª carta]: 134). Allí es acusado de que, aprovechando la prisión de Moctezuma, había convocado una reunión para saber con qué apoyos contaba para derrocar a su tío y expulsar a los indígenas y a los extranjeros que estaban en Tenochtitlan. En esa reunión Cacama les prometió

«que si quedaba con el señorío de México que les había de hacer grandes señores, y también les dio muchas joyas de oro y les dijo que ya tenía concertado con sus primos, los señores de Cuyoacan y de Iztapalapa y de Tacuba y otros deudos, que le ayudarían, e que en México tenía de su parte otras personas principales, que le darían entrada e ayuda a cualquiera hora que quisiese» (Díaz del Castillo 2000, I [Cap. C]: 368).

Pero en la reunión no sólo no alcanzó quórum, aunque eliminó a quien no estuvo de acuerdo con él, sino que perdió el trono y colocaron en su lugar a un hermano más dócil —Cuicuitzcatl— (Díaz del Castillo, I [Cap. C]: 370).

Como durante todo el viaje, una vez más, la suerte se puso del lado de Cortés, ya que la trama urdida por Cacama le allanó el camino, al eliminar a los líderes de las principales ciudades implicadas y éstas quedar huérfanas y sin el tiempo necesario para reorganizar su estructura de poder y ofrecer una resistencia seria al ejército indígena-español (Díaz del Castillo, I [Cap. C]: 371). Aunque lo mismo podríamos alegar para Moctezuma, con el fallido golpe de estado de Cacama, quedó libre de aquellos que se oponían a su estrategia.

A partir de este momento algunos autores (Carrillo de Albornoz 2004: 271; Vázquez 1987: 113) afirman que Cortés dirigió la vida política de Tenochtitlan, a través de Moctezuma. Propone al *tlatoani* que convoque una reunión de alto nivel con sus vasallos y les convenza de que den obediencia a su majestad (Díaz del Castillo 2000, I [Cap. CI]: 371; Ixtlilxochitl 1985 [Cap. LXXXVII]: 257). Sin embargo, otras fuentes (Chimalpahin 1965 [7ª Relación]: 236; Muñoz Camargo 2002 [Cap. VI]: 74) nada dicen de que Moctezuma diera vasallaje a Carlos V.

Tras lo que parece la rendición de la Triple Alianza, Cortés tomó el oro de Moctezuma (Díaz del Castillo 2000, I [Cap. CIV]: 379-383) y decidió fundirlo para evaluar mejor la cantidad que había. El reparto de este enorme botín avivó nuevamente los problemas entre los españoles que no estaban de acuerdo con el quinto que se quedaba Cortés, igualándose con el rey. El problema que suscitaba no era si el extremeño tenía dignidad o no para hacer tal equiparación, sino que cuanto más se quedaba él, menos recibía el resto.

Aparte de la ambición personal del futuro marqués del Valle, que es indudable, también debía ser consciente de que necesitaba recursos inmediatos para mantener lealtades, como venía haciendo desde que salió de Cuba. Además, los ánimos seguían sin calmarse entre los partidarios de Velázquez, que insistían en volverse a Cuba, máxime ahora que tenían ganancias a la vista (Díaz del Castillo 2000, I [Cap. CV]: 383).

Habían pasado seis meses desde que Cortés pisara por primera vez el suelo de Tenochtitlan, y las cosas parecían que marchaban mejor de lo que él hubiera imaginado. Sin embargo, la calma dudaría poco. No sabemos si por comprobar el nivel de autoridad que tenía entre los indígenas o por justificarse ante el religioso que iba con ellos, tomó la decisión de exigir a Moctezuma que sacara sus imágenes del Templo Mayor para que los cristianos colocaran las suyas. Es de extrañar que, con la capacidad de anticiparse a las consecuencias, demostrada en numerosas ocasiones, Cortés asumiera esta orden y que fuera Moctezuma, consciente de la provocación —como por fuerza debía suponer Cortés— quien aconsejara que mejor era compartir el espacio (Díaz del Castillo 2000, I [Cap. CVII]: 389). Efectivamente, esta acción fue la chispa que hacía falta para que México se levantara; pero en ese momento Cortés recibió noticias de la costa, que le informaban de la llegada de una enorme flota al mando de Pánfilo de Narváez, con intenciones poco saludables para el de Medellín.

El gobernador de Cuba, Diego Velázquez, no cejaba en el empeño de recuperar lo que, en su opinión, le pertenecía y Cortés intentaba robarle. Para ello envió a Pánfilo de Narváez con la misión de matarle. Pero Cortés no estaba dispuesto a dejarse arrebatar la oportunidad de su vida sin luchar.

Envió una embajada a la costa para saber qué era lo que quería y qué necesitaba y le instó a que se marchase, mostrando la misma actitud que Moctezuma había tenido con él. Cortés no quería dejar Tenochtitlan, pues necesitaba controlar la delicada situación. Sin embargo, la venida de Narváez creó inestabilidad entre los indígenas de la costa y obligado por las circunstancias partió (Cortés 2000 [2ª carta]: 148, 154).

La presencia de Pánfilo de Narváez no sólo alteró a los indígenas, sino que se reavivaron las distintas posturas que había entre la gente de Cortés. Éste se negó a cumplir los encargos que traía Narváez, aludiendo que sólo aceptaba órdenes directas del emperador (Cortés 2000 [2ª carta]: 157). Sin embargo, en este envite Cortés no tenía todo el respaldo que esperaba de sus hombres y parte de los que estaban en Veracruz se unieron a Narváez (Díaz del Castillo 2000, I [Cap. CX]: 395).

Pero, una vez más, Cortés volvió a demostrar lo que mejor sabía hacer y puso de su parte a los mensajeros de Narváez, comprando su adhesión (Díaz del Castillo 2000, I [Cap. CXI]: 400) hasta que consiguió hacer facciones dentro del grupo de éste (Díaz del Castillo 2000, I [Cap. CXIII]: 404), que le fueron de inestimable ayuda cuando luchó contra él. En el camino pidió una ayuda de 4.000 guerreros a los tlaxcalteca, que éstos le negaron, alegando que en sus planes políticos no entraba luchar contra otros grupos que no fueran indígenas (Díaz del Castillo 2000, I [Cap. CXV]: 411). No obstante, incansable al desaliento, Cortés pidió a los chinanteca que le hicieran lanzas con punta de cobre y le facilitaran 2.000 guerreros. Aunque éstos sí parecen aceptar, Bernal Díaz del Castillo (2000, I [Cap. CXXIII]: 441) mantiene que llegaron tarde, cuando la batalla ya estaba ganada por Cortés.

Cuando parece resuelto el problema de Narváez, Alvarado reclama la presencia urgente de Cortés en Tenochtitlan, pues estaban sitiados y temen por sus vidas. Cortés deja preso a Narváez en Veracruz y sale para Tenochtitlan, reforzado por los hombres y las armas de éste, dispuesto a socorrer a los suyos (Cortés 2000 [2ª carta]: 161; Díaz del Castillo 2000, I [Cap. CXXIV]: 446).

A su llegada Cortés quiere saber cuál ha sido el motivo del levantamiento y Moctezuma acusa a Alvarado de atacar a su gente sin razón, ya que los mexica habían pedido permiso para celebrar el festival de *Toxcatl* (Díaz del Castillo 2000, I [Cap. CXXIV]: 446). Pedro de Alvarado atacó durante el festival, donde murieron la mayoría de los nobles guerreros. Quizás se asustó con el ambiente guerrero del festival y pudo pensar en la ventaja de dar primero, sin calibrar las repercusiones políticas, tanto para ellos como para Moctezuma.

Fernando de Alva Ixtlilxochitl informa de que los tlaxcalteca instigaron a Alvarado para que cargara contra los mexica. Es probable que el español nuevamente fuese manipulado por los indígenas, aunque sabemos que Alvarado era de ánimo más que belicoso, «de sangre en el ojo», y no necesitaba mucho empuje de los indígenas. Sin embargo, éstos sí conocían perfectamente lo que significaba aquella fiesta y quiénes iban a estar allí, presentándose una oportunidad única para acabar con «todos los señores y cabezas del imperio» (Ixtlilxochitl 1985 [Cap. LXXXVIII]: 261). También cabría la posibilidad de que los mexicanos intentaran acabar con los españoles en la ciudad, confiados de que Narváez se llevaría a Cortés, pero el resultado no fue así y Cortés junto con 2.000 tlaxcalteca y 1.300 españoles mantuvieron una dura lucha en Tenochtitlan durante casi un mes (Díaz del Castillo 2000, I [Cap. CXXV]: 448).

Sea como fuere, en medio de todo este alboroto acontece la muerte de Moctezuma y una vez más las fuentes nos ofrecen variadas versiones. Alfredo Chavero (1979: 36), Bernal Díaz del Castillo (2000, I [Cap. CXXVI]: 458) y Fernando de Alva Ixtlilxochitl (1985 [Cap. LXXXVIII]: 262) mantienen que es Cortés quien decide que Moctezuma suba a la azotea para aplacar los ánimos de los mexica, aunque éste le advierte que ya no le quieren porque tienen otro señor, siendo su propia gente quien le mata a pedradas y flechazos (Chavero 1979: 36-37; Díaz del Castillo 2000, I [Cap. CXXVII]: 460, 461; Ixtlilxochitl 1985 [Cap. LXXXVIII]: 262; López de Gómara 1987: 234). Cortés intenta imponer al nuevo señor de México, Fernando de Alva Ixtlilxochitl (1985 [Cap. LXXXVIII]: 262) apunta que su candidato es Cacama y ante su negativa le mataron de «exactamente» «cuarenta y siete» puñaladas. De haberlo conseguido habría puesto fin a muchas de las penalidades que padeció su grupo; pero la situación no estaba para que las opiniones de Cortés importaran a los mexica, que habían depositado su esperanza en Cuitlahuac, señor de Iztapalapa, y hermano de Moctezuma (Carrillo de Albornoz 2004: 287).

Sin embargo, en la versión de Cortés es el propio Moctezuma quien se «presenta voluntario» para salir a la azotea y hablar a su gente, que le agrade y muere a los tres días, entregándose y desconociendo cuál fue la suerte final de Moctezuma (Cortés 2000 [2ª carta]: 165), que Bernardino de Sahagún (2001, II [Lib. XII, Cap. 23]: 1095) aclara al afirmar que

«los quemaron [a Moctezuma y al gobernador de Tlatelolco] como acostumbraban hazer a todos los señores, y hizieron todas las solemnidades que solían hazer en este caso»

Las diferencias sobre la prisión y muerte de Moctezuma no se limitan a las fuentes escritas, pues, como apunta Juan José Batalla (1996: 117), hay que tener en cuen-

ta quiénes están narrando los hechos, si son los vencedores o los vencidos. Por otra parte, si los datos se comparan con los documentos pictográficos, las discrepancias se hacen más evidentes. Lo cierto es que aquel que un día poseyó el mundo en sus manos, *hueytlatoani cemanahuac*, murió abatido por la fuerza de su propio destino.

2. La expulsión de Tenochtitlan

La situación es crítica para el grupo de los españoles que sitiados no ven más solución para salvar sus vidas que salir huyendo, amparados en la noche. Con ellos van algunos rehenes que pertenecían a la nobleza como escudos humanos (Cortés 2000, [2ª carta]: 170). Y, a pesar de que la situación era extremadamente peligrosa intentan sacar parte del oro⁵.

Durante la huida son recibidos de guerra en Tacuba, Azcapotzalco y Tenayuca (Díaz del Castillo 2000, I [Cap. CXXVIII]: 467, 469). En Tacuba se desarrolló una gran batalla en la que el grupo que huía tuvo muchas bajas entre los «indígenas amigos», los españoles y los regios rehenes (Cortés 2000 [2ª carta]: 171; Ixtlilxochitl 1985 [Cap. LXXXVIII]: 263). Sin olvidar la famosa batalla de Otumba, donde el ejército indígena-español tuvo enormes bajas y quedó maltrecho. Perdidos y deseosos de salir de tierras mexicanas, nuevamente los «indígenas amigos» son sus ojos para llegar a las ansiadas tierras tlaxcalteca (Díaz del Castillo 2000, I [Cap. CXXVIII]: 470; López de Gómara 1987: 244; Sahagún 2001, II [Lib. XII, Cap. 24]: 1097).

Igual que al entrar en Tenochtitlan la primera vez, o cuando los sitiaron tras la masacre de Alvarado, ahora los españoles estaban muy debilitados y con poco apoyo de los indígenas, por lo que los mexicanos podían haber continuado hasta acabar con ellos. Sin embargo, parece que los mexica se concentraron más en recomponerse que en perseguir más allá de sus límites fronterizos a los españoles, quizás pensando que derrotados no encontrarían apoyo entre los indígenas y que los tributarios reconocerían que el poder de Tenochtitlan seguía siendo el más grande.

La vuelta hacia Tlaxcala no sólo debió estar plagada de miedo e incertidumbre, por si lograban llegar con vida, sino que también le debieron asaltar las dudas a Cortés (2000 [2ª carta]: 174) de cómo serían recibidos, pues habían perdido, ya no tenían fama de invencibles frente a los aztecas y, además, entre los tlaxcalteca no siempre había existido unanimidad para apoyarles.

El 8 de julio de 1520 salen de territorio mexica. Había transcurrido un año desde que entraron en Tenochtitlan y un año y medio desde que desembarcaron, y el ánimo de Cortés debería estar temeroso y anhelante por llegar a tierras tlaxcalteca y conocer su futuro, y el apoyo con el que podían contar. Llegan a Gualipán, provincia de Tlaxcala, donde los indígenas les dan de comer; pero esta vez a cambio de oro. Esto

⁵ Sabemos por Bernal Díaz del Castillo (2000, I [Cap. CXXVIII]: 465) que Hernán Cortés dijo a sus hombres que, ya que el oro estaba perdido, sería para el que se lo pudiera llevar, aunque podemos sospechar que, una vez que el oro estuviera a salvo, cambiaría la versión y se quedaría con él; pero éstas son especulaciones, pues no sólo no pudieron sacar mucho oro, sino que apenas salvaron sus vidas.

podía hacer sospechar a Cortés que la situación había cambiado y permaneció allí tres días recuperándose y esperando reacciones.

Los señores principales de Tlaxcala y Huexotzinco dieron el primer paso dirigiéndose a Gualipan, donde se encontraba Cortés. Por suerte para él, deciden continuar con la alianza (Cortés 2000 [2ª carta]: 175), aunque nuevamente sabemos que esta decisión no fue unánime y que, incluso, se barajó la opción de pactar con los mexica; tal vez, entregar a los españoles, a cambio de sellar la paz con ellos. Sin embargo, entre las distintas opiniones prevaleció la de mantener la relación con Cortés, con quien habían tenido una prosperidad de la que carecían antes de la alianza con él y le dieron su apoyo (Díaz del Castillo 2000, I [Cap. CXXIX]: 480).

3. La reorganización

Durante los 20 días que están reponiéndose en Tlaxcala, se traza la estrategia para hacer capitular definitivamente a los fieros mexica y a sus aliados. La primera ofensiva tiene como objetivo la ciudad de Tepeaca, tributaria mexica, que es atacada, so pretexto de haber eliminado a un grupo de españoles que se dirigían a Veracruz, por un ejército compuesto por 4.000 «indígenas amigos» tlaxcalteca, huexotzincas y cholultecas (Cortés 2000 [2ª carta]: 177; Díaz del Castillo 2000, I [Cap. CXXX]: 486). El resultado de este enfrentamiento no sólo fue positivo para el grupo indígena-español por su esfuerzo, sino que los mismos tepeacas se pusieron de su parte y colaboraron en expulsar a los mexicanos de la ciudad, donde se fundó la Villa de Segura de la Frontera (Cortés 2000 [2ª carta]: 180; Díaz del Castillo 2000, I [Cap. CXXX]: 488).

Mientras los españoles disfrutaban de esta victoria y hacían esclavos por el resto de la provincia, según Cortés (2000 [2ª carta]: 178) como medida ejemplar, aunque sabemos por Díaz del Castillo (2000, I [Cap. CXXX]: 489) que era práctica habitual, llegan noticias de que nuevos barcos atracan en la costa, uno del implacable Velázquez y otro con armas y caballos, que vienen a reforzar la posición de Cortés (Díaz del Castillo 2000, I [Cap. CXXXI]: 490, 492).

Por su parte, los mexica y sus aliados siguen defendiendo su territorio en Izúcar; pero nuevamente los naturales les traicionan y ayudan al bando indígena-español (Cortés 2000 [2ª carta]: 183; Díaz del Castillo 2000, I [Cap. CXXXII]: 492). Colocan como señor a un hijo del de Cholula, que era menor, y como regentes a un principal Cholulteca y a dos de la propia ciudad (Cortés 2000 [2ª carta]: 186). Favoreciendo a quien le ayudaba, Cortés ganaba amigos y lealtades.

Pacificada la zona de Tepeaca, vuelven a Tlaxcala, donde los españoles se distribuyen la parte del botín que les correspondía de Tepeaca, Cholula, Tecamachalco y Castilblanco (Zacatlan), pues los indígenas iban cogiendo su parte (Cortés 2000 [2ª carta]: 183); como siempre, surgen disputas que muestran el descontento existente entre algunos de los blancos (Díaz del Castillo 2000, I [Cap. CXXXV]: 504). Por ello, y con la intención de terminar con esa situación, Cortés da licencia a algunos de ellos, especialmente a los hombres de Narváez, para que volvieran a Cuba (Díaz

del Castillo 2000, I [Cap. CXXXVI]: 507). La realidad era que contaba con un ejército tan numeroso por el apoyo indígena, que le sobraban efectivos.

También envía otro barco a Jamaica para traer caballos, armas y pólvora con los que enfrentarse al poder mexica. Mientras esta ayuda llega, se quedan construyendo los bergantines, pues reconoce que a través de la laguna es la única opción para tomar la ciudad de Tenochtitlan (Bueno e.p.).

Durante los preparativos la viruela también afectó a los «indígenas amigos». Magiscacin, *tlatoani* de Tlaxcala, murió y este hecho, que en principio podía parecer adverso para Cortés, vino a favorecerle. Nombró como heredero al hijo del *tlatoani*, que tenía 12 ó 13 años, y colocó como regentes a otros principales tlaxcalteca que compartían sus intereses, pues en breve partiría para Tenochtitlan y necesitaba la seguridad de saber a quién tenía de su lado (Cortés 2000 [3ª carta]: 197; Díaz del Castillo 2000, I [Cap. CXXXVI]: 510).

Los preparativos para el gran asalto siguen su curso a buen ritmo, mientras los indígenas cortan la madera para los bergantines, llegan otros barcos que refuerzan su posición, uno de Garay y otro de Canarias con armas, pólvora y caballos (Díaz del Castillo 2000, I [Cap. CXXXIII]: 497; I [Cap. CXXXVI]: 512). Cortés envía a Sandoval hacia Xalatzinco, Zacatami donde batallan durante 3 días (Díaz del Castillo 2000, I [Cap. CXXXIV]: 500) y Zacatlan, que le llamaron Castilblanco, junto con los tlaxcalteca. Estas victorias no sólo pacificaban la provincia, sino que contribuían a aumentar la fama de Cortés y esto era fundamental para conseguir cada vez más aliados (Díaz del Castillo 2000, I [Cap. CXXXIV]: 501).

En Tenochtitlan Cuitlahuac, el nuevo *tlatoani*, también había muerto de viruela. Le sucedió Cuauhtemoc quien, en un intento por retener a los pueblos que estaban dando lealtad a Cortés, les ofrece medidas ventajosas como la reducción del tributo por un año (Cortés 2000 [2ª carta]: 189; Díaz del Castillo 2000, I [Cap. CXXX]: 489)⁶.

4. El asalto final

Recobrada fama, ejército y apoyo indígena —más de 10.000 guerreros—, el 28 de diciembre de 1520, un año y nueve meses después de haber desembarcado, Cortés sale hacia Tenochtitlan con la intención de conquistarla o morir. La idea es establecer su base de operaciones en Texcoco; pero esta vez vía Texmoluca, provincia de Huexotzinco, donde pasan la primera noche.

Durante el camino los enemigos intentan impedir su paso por todos los medios posibles, colocando obstáculos para inutilizar la ventaja de los caballos y retrasar la llegada (Cortés 2000 [3ª carta]: 200) pero aún así continúan en la dirección propuesta, siendo conscientes de que en Tenochtitlan conocen sus pasos milimétricamente,

⁶ Tal y como estaba concebida la organización del imperio, había hechos concretos que la desestabilizaban y uno de estos acontecimientos era la muerte de un *tlatoani*. Tras la muerte de Moctezuma, las vacantes del trono se habían sucedido sin que diera tiempo a reorganizarse de la manera «tradicional», perjudicando seriamente a los mexica frente a sus tributarios (Bueno 2003).

ya que los indígenas se van avisando con ahumadas y gritos (Cortés 2000 [3ª carta]: 201).

Los enemigos de los mexica estaban cada vez más cerca de su objetivo y entre los miembros de la Triple Alianza la presión era enorme, pues no había unanimidad en cómo encarar el problema, intensificándose las rencillas internas. Además, la viruela tenía muy debilitada a la población (Díaz del Castillo 2000, I [Cap. CXXXVII]: 515) y tampoco contaban con el apoyo de todos sus tributarios, que en muchas ocasiones se rendían voluntariamente a Cortés sin darle batalla. Por otra parte, la lucha por el control del poder seguía abierta entre Tenochtitlan y Texcoco y éste, a su vez, continuaba desangrándose entre los hijos de Nezahualpilli que anhelaban el trono (Cortés 2000 [3ª carta]: 208).

El ejército indígena-español llega a la ciudad de Coatepec y, al encontrarla desierta, acampan allí. Por la mañana tienen un encuentro con señores principales de Texcoco, quienes en nombre de Cucascacin les ofrecen su amistad (Cortés 2000 [3ª carta]: 203) y la seguridad de que no le faltarían alimentos mientras estuvieran en su provincia.

Finalmente, el 31 de diciembre de 1520, llegan a Texcoco, donde establecen su campamento, mientras la población ha huido a Tenochtitlan (Cortés 2000 [3ª carta]: 204). Sin embargo, los señores de Coatlichan, Huexotla y Atenco, que eran poblaciones acolhua, vinieron a ofrecer su lealtad, a pesar de que los mexica les habían ofrecido mejorar su condición, a cambio de su permanencia en la Alianza; y para demostrar su voluntad, entregan a Cortés a los mensajeros mexica que tenían en su poder (Cortés 2000 [3ª carta]: 205).

Después de siete u ocho días que tardan en montar el campamento, Cortés y sus hombres, unos 200 españoles, junto con el ejército de «indígenas amigos», integrado por unos 3000 ó 4000 efectivos, salen en una misión de reconocimiento por la zona de la laguna, empezando lo que sería la dura lucha por la conquista de Tenochtitlan.

Se dirigen a Ixtlalapan, donde los mexica y sus todavía aliados les derrotan al combinar sus fuerzas navales y terrestres, aunque el ejército indígena-español ya había hecho mucho daño. Las fuentes informan de que los «indígenas amigos» mataron sin discriminación, incluyendo mujeres y niños (Cortés 2000 [3ª carta]: 206; Díaz del Castillo 2000, I [Cap. CXXXVIII]: 521).

A pesar de que el bando indígena-español no salió bien parado, los señores de Otumba y otras cuatro ciudades se le ofrecen de paz, sin oponer resistencia, a cambio de quedar protegidos frente a la ira mexica (Cortés 2000 [3ª carta]: 207; Díaz del Castillo 2000, I [Cap. CXXXIX]: 522).

Los mexica y los aliados que quedan en las ciudades ribereñas asedian continuamente al ejército indígena-español, sobre todo por el lago, donde el número de canoas que forman parte de estas batallas llega a ser considerable. Bernal Díaz del Castillo (2000, I [Cap. CXXXIX]: 524) asegura que había más de 1.000 canoas.

A Gonzalo de Sandoval, que a nuestro juicio es el mejor militar que hay entre los hombres de Cortés, incluido él mismo, y de lo que Cortés parece también ser consciente, le encarga las misiones más peligrosas y trascendentales para conseguir su objetivo. Así, le envía sucesivamente a Chalco, que estaba siendo muy castigado por

los mexica y sus aliados por haber negado la obediencia al imperio y haberse puesto del lado de Cortés, pues necesitaba tener pacificado el corredor que unía Texcoco con Tlaxcala y Veracruz, para que no se cortara la comunicación y el trasiego de armas y fuera posible el transporte de los bergantines sin problemas (Cortés 2000 [3ª carta]: 208; Díaz del Castillo 2000, I [Cap. CXXXIX]: 525).

Como el señor de Texcoco y sus principales habían huido a Tenochtitlan y, además, desde la muerte de Nezahualpilli no se había alcanzado estabilidad en el nombramiento de los señores, sin duda, debía haber partidarios de cada uno de los candidatos posibles. Así, Cortés (2000 [3ª carta]: 211) nombra señor de Texcoco al hermano de Cacama que seguía con él, Tecocol. No sabemos si se quedó con el bando español espontáneamente, a la espera de algún beneficio, o si estaba prisionero; lo importante es que con esta maniobra mantenía pacificada la región⁷.

La respuesta que los mexica y los pueblos que estaban de su parte, pues no hay que perder de vista que no luchaban solos, no tuvo mucha fortuna, porque Cortés ya estaba avisado de estos movimientos por los señores de Coatlichan y Huexotla. Como vemos, el de Medellín, además de tener un enorme ejército indígena, tiene un excelente servicio de inteligencia que aumenta sus posibilidades, al estar informado del movimiento del enemigo evita dividir sus efectivos (Cortés 2000 [3ª carta]: 211).

Por otro lado, también hay que señalar que los mexica no luchaban solamente contra el frente de Cortés y todos sus indígenas, sino que simultáneamente intentaban castigar a los tributarios que les iban dejando, y esto les restaba posibilidades para luchar con todas sus fuerzas en un solo objetivo (Díaz del Castillo 2000, I [Cap. CXXXIX]: 528). Y así, mientras este bando va debilitándose, Cortés va fortaleciéndose, no sólo con los indígenas que se van sumando, sino con los refuerzos que llegan en los barcos con caballos, armas y pólvora (Cortés 2000 [3ª carta]: 212).

Uno de estos frentes a los que nos referimos era la zona de Chalco. El bando indígena-español sabía que conquistarla era vital para mantener la comunicación con la costa y de igual modo debieron pensar los mexica y sus aliados, pues los enfrentamientos entre ambos en este área se repitieron. Como Cortés tampoco podía atender a todos los flancos, crea una nueva alianza entre los de Chalco «Guajocingo, Churultecal y Guacachula» para resistir en la zona (Cortés 2000 [3ª carta]: 213; Díaz del Castillo 2000, I [Cap. CXL]: 530).

Gonzalo de Sandoval tiene la importante misión de que los bergantines lleguen desde Tlaxcala hasta Texcoco sin problemas (Díaz del Castillo 2000, I [Cap. CXL]: 532); pero durante el camino algunas poblaciones de Texcoco le oponen resistencia, aunque sin éxito, haciendo esclavos entre las mujeres y los niños (Cortés 2000 [3ª carta]: 215). Los bergantines, transportados por más de 8.000 hombres, con al menos 2.000 de apoyo, que llevaban las provisiones, llegaron a su destino (Cortés 2000 [3ª carta]: 216). ¿cómo hubiera podido llevar a cabo esta empresa sin ayuda?

Cuando los tlaxcalteca hubieron descansado tres o cuatro días, Cortés y unos 30.000 «indígenas amigos» salen sin comentar el destino previsto, pues desconfían

⁷ Este hecho podía haber encendido más el odio hacia Cortés de la facción del señor de Texcoco que estaba en Tenochtitlan; sin embargo, cabe la posibilidad de que la respuesta que dieron no fuera todo lo fuerte posible, porque los de Texcoco ya habían manifestado la intención de no luchar contra Cortés al opinar que estaban muy debilitados para conseguir sus objetivos.

de los texcocanos. El objetivo de la misión sería un intento de combatir a los pueblos ribereños, con el potente ejército de indígenas, y dejar sólo y debilitado a Tenochtitlan, pues durante el tiempo que estuvo allí, más de medio año, fue suficiente para reconocer el terreno y familiarizarse con él. Sin embargo, encontró mucha resistencia entre los pueblos que estaban en el lago y que combatían del lado mexicana, reafirmandole cada vez más que él también necesitaba una armada para poder vencer a los enemigos (Díaz del Castillo 2000, I [Cap. CXLI]: 535).

En estas batallas desarrolladas en Xaltocán, Tenayuca, Azcapotzalco y Tacuba «deja» que los «indígenas amigos» saqueen y cojan el botín a su voluntad (Cortés 2000 [3ª carta]: 217; Díaz del Castillo 2000, I [Cap. CXLI]: 537, 538). Este cambio, que llega incluso a que los españoles sean humillados en Tenochtitlan, tal vez responda a que los «indígenas amigos de ellos mismos» exigieron a Hernán Cortés mayores beneficios a cambio de renovar su alianza.

Sea como fuere, Hernán Cortés y el ingente ejército indígena regresan a Texcoco después de 15 días (Díaz del Castillo 2000, I [Cap. CXLI]: 540) dispuestos a montar los bergantines para dar el asalto final al corazón del imperio.

Mientras se disponen los preparativos para ensamblar y botar los barcos, no hay descanso entre los pueblos que vienen a ponerse al servicio de Cortés como Tuzapan, Maxcalzingo, Nauhtlan, que en contraprestación solicitan protección; y los de la zona de Chalco y Tamamalco, que siguen recibiendo castigo (Cortés 2000 [3ª carta]: 223; Díaz del Castillo 2000, I [Cap. CXLI]: 541). Por eso, Cortés hace nuevas confederaciones entre los indígenas para que se ayuden, aunque con ellos mandaba una ayuda española y aquí se suscitaba otro problema que había que resolver para que no crecieran las disputas: se trataba de evitar la competencia en el botín con los indígenas pues a ambos les interesaba (Díaz del Castillo 2000, II [Cap. CXLII]: 12).

Gonzalo de Sandoval había conseguido, finalmente, pacificar el «cordón umbilical» que los unía a Veracruz, además de hacer prisioneros entre los mexicana. Así, dispuestos y con la nueva ayuda que había llegado de Castilla (Díaz del Castillo 2000, II [Cap. CXLIII]: 14), Cortés (2000 [3ª carta]: 138) envía el 27 de marzo de 1521 a los prisioneros mexicana a su ciudad, con el mensaje de que depongan su actitud o serán destruidos.

La respuesta es un nuevo ataque a Chalco que obliga a Cortés, el 5 de abril de 1521 —han pasado dos años desde que desembarcaron—, a salir con 20.000 hombres en dirección a Chalco, donde se les unen otros 40.000 hombres (Cortés 2000 [3ª carta]: 222). Con este enorme contingente se enfrenta a los mexicana y a sus aliados que les respondieron reciamente y que obtuvieron alguna victoria (Díaz del Castillo 2000, II [Cap. CXLIV]: 16, 19), si bien el éxito definitivo se inclinó del lado indígena-español.

El objetivo de Cortés es volver a Texcoco para concluir los bergantines y poner punto final a esta situación, que ya se alargaba demasiado. En el regreso pasan por diferentes pueblos donde unas veces eran bien recibidos como en Huaxtepec (Cortés 2000 [3ª carta]: 226) y otras tienen duras batallas como en Yauhtepec y Xilotepec, donde el bando indígena-español continúa asolando y esclavizando. Continúan hacia Cuernavaca en dirección a Xochimilco. Durante este trayecto pasaron muchas fati-

gas, principalmente al no encontrar agua para beber (Díaz del Castillo 2000, II [Cap. CXLV]: 27). Una vez más son los indígenas quienes les dirigen y, conocedores del terreno, les indican dónde estaban los pozos. Pero las penurias se incrementaron al llegar a Xochimilco, donde son duramente recibidos y atacados desde el lago por los mexica y sus aliados (Cortés 2000 [3ª carta]: 229).

La lucha fue sin cuartel, los mexica y sus leales peleaban de noche y de día, realizando combates combinados entre la infantería y la marina, renovando los escuadrones con otros de refresco (Díaz del Castillo 2000, II [Cap. CXLV]: 32, 33, 35). Con este ritmo resistieron tres días y una vez más, tomada la ciudad por el batallón indígena-español, la arrasaron (Cortés 2000 [3ª carta]: 230).

En su regreso a Texcoco pasan por Coyoacan (Díaz del Castillo 2000, II [Cap. CXLV]: 35) que está despoblada. Desde allí pueden observar cuál será el mejor lugar para entrar con los bergantines, y toman nota de los efectivos que Tenochtitlan tiene dispuestos por el agua y por las calzadas.

Al pasar por Tacuba los españoles tienen bajas y algunos son hechos prisioneros, con lo que esto significaba (Cortés 2000 [3ª carta]: 232; Díaz del Castillo 2000, II [Cap. CXLV]: 35). Continúan por Azcapotzalco, Tenayuca, Cuauhtitlan, Xilotepec, Aculman, ya provincia de Texcoco, donde se reúnen con los españoles que se habían quedado con los preparativos de los bergantines.

Llegaron a Texcoco extenuados y heridos, pues a través de este periplo fueron incesantemente atacados por los mexica y sus aliados. Pero no era alegría todo lo que esperaba al extremoño, ya que la facción de Narváez había urdido una conjura para matarle junto con sus capitanes: Gonzalo de Sandoval, Pedro de Alvarado y Andrés de Tapia (Díaz del Castillo 2000, II [Cap. CXLV]: 39). Como siempre la suerte está del lado de Cortés, que una vez descubierta la traición, no le tiembla la mano al ordenar que ahorquen al cabecilla (Díaz del Castillo 2000, II [Cap. CXLVI]: 41)⁸.

Así pues, solucionado, de momento, este problema, coordina la botadura de los bergantines. Para llevar a cabo esta empresa se necesitó la mano de obra de ocho mil indígenas, que durante cincuenta días prepararon la zanja por donde botar los bergantines, ¿lo habría podido hacer sin la ayuda nativa? Y sin los bergantines ¿habría podido obtener el desenlace que todos conocemos?.

El día 28 de abril de 1521 los bergantines están en el agua listos para hacer su travesía y Cortés se encarga de distribuir los dispositivos y de dar aviso a los tlaxcalteca, huexotzinga, cholulteca, chalca, tamascalco con sus sujetos, así como a Texcoco con los suyos, para que se pongan en marcha, aumentando al ya numeroso ejército con cincuenta mil hombres más (Cortés 2000 [3ª carta]: 236; Díaz del Castillo 2000, II [Cap. CXLVII]: 43), y a los indígenas de los pueblos comarcanos para que traigan las armas que había encargado.

Todos apercebidos y con las órdenes precisas de bloquear las calzadas, salen divididos en tres escuadrones capitaneados por Alvarado, Olid y Sandoval (Cortés 2000

⁸ Observando el carácter de Cortés, a través de sus escritos y los de los otros conquistadores, hubiera deseado acabar con todos los conjurados, pero era capaz de tener una gran perspectiva de las situaciones y lo que podían suponer a largo plazo; por eso, matando a Antonio de Villafañá, deja un mensaje bien claro al resto de los traidores y, al mismo tiempo, no se resiente la imagen de unidad que convenía dar frente a los indígenas.

[3ª carta]: 236; Díaz del Castillo 2000, II [Cap. CL]: 49). Pero, cuando parecía todo dispuesto, la facción tlaxcalteca que no quería colaborar con Cortés, intenta boicotear la misión. Xicotenga, el cabecilla de la rebelión tlaxcalteca y que siempre quiso ponerse del lado de los mexica, huye y Cortés manda ahorcarlo (Díaz del Castillo 1984, II [Cap. CL]: 51).

5. El asedio

Con la situación aparentemente en orden, Olid y Alvarado parten de Texcoco el 10 de mayo de 1521 con la misión de dejar a Tenochtitlan sin agua potable. Allí los mexica, que estaban custodiando el caño, les dan guerra desde las canoas, pero no logran impedir el acceso (Díaz del Castillo 2000, II [Cap. CL]: 54). Les siguieron Sandoval, que se dirigía a Ixtlalapan, y Cortés comandando los bergantines por la laguna.

A partir de este momento los combates se suceden, registrándose victorias y pérdidas cuantiosas por ambos lados. Los aliados de los mexica fueron desertando y los suministros escaseando, hasta que finalmente el 13 de agosto de 1521, tras 75 días de asedio, Tenochtitlan cae exhausta en manos indígena-españolas.

Habían pasado dos años y medio desde que Cortés había llegado a la costa para conquistar la ciudad. Este dilatado espacio de tiempo obliga a reflexionar sobre las dificultades y las circunstancias que se desarrollaron para conseguirlo. Hemos visto que Hernando Cortés era un hombre de fuerte carácter, sin escrúpulos, cruel, manipulador y con principios que variaban según los intereses. Un Hernando Cortés que decide que de esta empresa sale muerto o rico, y que para ello es capaz de manipular a sus hombres desde el principio, a pesar de que entre ellos existe una facción que insistentemente intentaba entorpecer sus planes.

Sin embargo, estas características de su personalidad están también acompañadas por un sentido visionario de los acontecimientos que le permiten anticiparse a los hechos y a las consecuencias que pueden derivarse, por lo que mantiene la cabeza fría en muchas ocasiones, controlando sus propios sentimientos de venganza, y haciendo que las adversidades se volvieran favorables.

En una formidable pirueta, Cortés logró convencer a parte de sus hombres para fundar la villa de la Veracruz, contraviniendo las órdenes que tenía de Velázquez de «rescatar y no poblar». Además, barrenó los navíos, eliminando cualquier intento de desertión; y evitó, a toda costa, que nadie le apresara en nombre del Gobernador de Cuba. Porque, en ese caso, le esperaba una muerte segura. Estos hechos, unidos al enorme e inesperado apoyo que encontró entre los indígenas, fueron los pilares en los que se apoyó la conquista de México.

Efectivamente, el número de indígenas que se implicó en esta empresa fue muy elevado y los españoles solo eran un pequeño grupúsculo en medio de este ejército de guerreros. Por eso, parece bastante evidente que, si bien Hernán Cortés manipuló a sus hombres para alcanzar las metas que perseguía, él también fue utilizado por los indígenas, que buscaban su propio beneficio. Sin embargo, ellos no tuvieron la visión a largo plazo de lo que su «apoyo» a Cortés iba significar.

Así pues, la conquista de México fue una lucha india por el poder. Los grupos indígenas que estaban subyugados, aprovechando que un elemento exterior hacía su aparición, intentaron conseguir su «oportunidad» y la aprovecharon, como los mexica lo hicieron, casi 100 años antes, frente a los tepaneca.

Muchas fueron las causas que concurrieron para llegar a este desenlace, pero el descabezamiento de los gobiernos locales, además de los de Tenochtitlan y Texcoco, junto con las luchas internas de la Alianza, requerían un tiempo que al imperio ya no le quedaba. Y así, esta gesta que significó su destrucción, fue una guerra de indígenas, en la que se vio implicado un visionario que obtuvo como regalo el resplandor de un mundo que todavía humeaba entre las ruinas.

México-Tenochtitlan, como los mitos, había muerto joven, para permanecer en nuestra memoria bella e inalterable, borrando la imagen de muerte y miseria que los invictos intentaron legarnos.

6. Referencias bibliográficas

- AGUILAR, Francisco de
2002 «Francisco de Aguilar y su obra», en *La conquista de Tenochtitlan*, edición de Germán Vázquez. Madrid: Dastin.
- BATALLA, Juan J.
1996 «Prisión y muerte de Motecuhzoma, según el relato de los códices mesoamericanos». *Revista Española de Antropología Americana* 26: 101-120.
- BUENO, Isabel
2003 *La guerra mesoamericana en época mexica*. Tesis doctoral. Madrid: Universidad Complutense.
2004 «La importancia del faccionalismo en la política mesoamericana». *Revista de Indias* LXIV: 651-672.
en prensa «La guerra naval en el valle de México». *Estudios de Cultura Nahuatl* 36. México.
- CARRILLO DE ALBORNOZ, José Miguel
2004 *Moctezuma el semidios destronado*. Madrid: Espasa Calpe.
- CHAVERO, Alfredo
1979 *El lienzo de Tlaxcala*. México: Cosmos.
- CHIMALPAHIN CUAUHTEHUANITZIN, Francisco
1965 *Relaciones originales de Chalco Amaquemecan*. México: Fondo de Cultura Económica.
- CORTÉS, Hernán
2000 *Cartas de Relación de la Conquista de México*. Madrid: Dastin.
- DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal
2000 *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, 2 vols., edición de Miguel León Portilla. Madrid: Dastin.
- DURÁN, Fray Diego
1967 *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de Tierra Firme*, edición de A.M.

Garibay. México: Porrúa.

GRAULICH, Michel

1994 *Moctezuma et l'apogée et la chute de l'empire aztèque*. París: Fayard.

1997 «La matanza de Cholula». *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia* XL: 5-27.

HERNÁNDEZ, Francisco

2000 *Antigüedades de la Nueva España*, edición de Ascensión Hernández. Madrid: Dastin.

IXTLILXOCHITL, Fernando de Alva

1985 *Historia de la nación chichimeca*, edición de Germán Vázquez. Madrid: Historia 16.

LÓPEZ DE GÓMARA, Francisco

1987 *La conquista de México*, edición de José Luis de Rojas. Madrid: Historia 16.

MUÑOZ CAMARGO, Diego

2002 *Historia de Tlaxcala*, edición de Germán Vázquez. Madrid: Dastin.

SAHAGÚN, Bernardino de

2001 *Historia General de las Cosas de Nueva España*. Madrid: Dastin.

TAPIA, Andrés de

2002 «Relación de algunas cosas de las que acaecieron al muy ilustre señor don Hernando Cortés, Marques del Valle, desde que se determinó ir a descubrir tierra en la tierra firme del mar Océano», en *La conquista de Tenochtitlan*, edición de Germán Vázquez. Madrid: Dastin.

VÁZQUEZ, Germán

1987 *Moctezuma*. Madrid: Historia 16.

VÁZQUEZ DE TAPIA, Bernardino

2002 «Relación de méritos y servicios del conquistador Bernardino Vázquez de Tapia, vecino y regidor de esta gran ciudad de Tenuxtitlan», en *La conquista de Tenochtitlan*, edición de Germán Vázquez. Madrid: Dastin.